

VICENTE ALEIXANDRE

AZORIN, EN DOS TIEMPOS

POR LA VENTANA cubierta por una tela finísima, se cernía la luz de la tarde. ¡Qué quieto el ámbito, y qué quietas súbitamente las cosas, en el momento sutil en que parecíamos haberlas sorprendido! El aire, inmóvil; detenido en su vuelo, el polvo dorado, casi espiritual en la luz. Las figuras de esos cuadros sonriendo, como si antes hubieran estado así, como si luego hubiesen de seguir lo mismo. Y en una consola, un reloj, que misteriosamente estaba parado, acompasando con su silencio mágico la delicada suspensión del ámbito maravilloso.

Era una salita cuidada, discreta, y mirada por un ojo desprevenido nada en ella podía extrañar. Se abría una puerta y entraba el dueño de su secreto. Era alto y apurado de figura. Anciano, casi de fina porosidad, en su alada materia. Indudablemente, no pesaba. Pisaba suavemente y avanzaba con una sonrisa delgada sobre la faz en rosa. Me adelanté para saludarle. La frente no estaba desguarnecida. Sobre ella flotaba un pelo gris que parecía tranquilo después que un viento lo hubiese inquietado tenuemente. Los ojos eran claros, clarísimos, hundidos con lentitud en la cuenca, y se abrigan en unos párpados cansados, a los que entreabría sólo el brillo de las pupilas. ¿Qué tenía todavía de sonriente, de guarecidamente celestes, en esa luz filtraba en la que, envolviéndoos, os miraban? Era Azorín y estaba ahora sentado en su silloncito, y conversaba con su visitante. La sien se hundía, como en fidelidad al hueso fino; la mejilla era poco más que la piel coloreada y ceñía con amor la materia perenne. Hasta llegar a la boca, donde se recogía en un labio sutil, hundido, que pronunciaba apenas las palabras, dejándolas ir, tratándolas como una materia vaporosa, de límites indecisos, fundida al fin con la sustancia misma de la luz.

La voz no era del todo mate. Al cesar, ¿qué era lo que nos recordaba? ¡Ah, sí!; un crujido apenas, un chasquido rumoroso: el son tenue

del papel al caer la hoja del libro y quedarse aplacada. Azorín, conversando en voz baja, de pronto sonreía. Y al terminarse su sonrisa, un rubor, un vapor se doría, subía por su rostro y lo encendía de suavidad. Todo él se arrebolaba un instante, quedando confuso en su niebla interior. Era como una aurora que sorprendentemente diese sus rosas más puras, justamente a la hora y entre los amarillos del último atardecer.

“Yo asistí una vez a la tertulia de don Juan Valera. Era muy amable con nosotros (“nosotros” eran los jóvenes de su tiempo: el 98). Estaba ya ciego. Entré en su habitación, todavía en ausencia suya y me fui a sentar en un sillón blanco. No, por Dios, me dijeron: ése es el asiento de don Juan...”. “...No, Galdós, no; le conocí, pero nos hacía poco caso: no se interesaba por nosotros. Venía de Barcelona, y aquí, en la revista *Arte Joven* colaboraba con nosotros, con sus dibujos, y nos hacía retratos. Le recuerdo muy bien”.

Se quedaba un momento callado, la mirada sonriendo en la lejanía. Estaba vestido con pulcritud: un traje perfectamente cortado, la corbata de seda, en nudo elegante, emergiendo de un cuello de blanquísimo hilo. Apoyaba su mano en el brazo del sillón, mientras la otra mano, veraz en su último apuramiento, se movía como dibujando con delicadeza el vago, el aéreo contorno de sus palabras, casi más de su eco.

“No, ya no escribo nada. Lo último ha sido un prólogo a la tesis doctoral de una señora norteamericana, que se titula: *Casilla en Azorín*”.

Decía su propio nombre y apenas lo pronunciaba. “Casilla”, y todo el paisaje se levantaba detrás. En el fondo de las pupilas estaba el largo oro crepuscular de la llanura y se veía encima el color zarco de la mirada, del cielo. “Pero voy a traer unos papeles...”.

Se puso de pie. Sorprendentemente erguido, casi tieso en la rectitud de la plomada, delgado, esbelto pudiera decirse, se coronaba con aquella cabeza vívida, colorida en sus tintas puras, sostenida en el tiempo y en la sonrisa alegre de sus ojos. Regresaba su cuerpo a su delgadez de antaño, casi parecía joven. Echaba a andar. Qué conmovedores pasos, lentos, muy cortos, pero el cuerpo valientemente levantado, sin vacilar, una chispa ya rígido. Avanzaba entonces en su edad, en su conmovedora edad maestra, y desaparecía sin ruido.

Al volver...

II

La habitación había desplomado sus paredes en silencio. Yo estaba en Madrid, en la calle de San Bernardo. Cuando se tienen dieciocho años, retrasarse en llegar a clase en la Universidad no importa demasiado. Llevaba yo en la mano unos libros: uno era de Azorín. En el furor de ese lector adolescente la novela realista había sido íntegramente devorada. El teatro clásico había surgido después, en gruesa formación; pero el joven con todos había podido. Y entonces con nueva hambre, con nuevos bríos, se había dispuesto para la nueva falange con que enfrentarse. Baroja, Unamuno, Valle-Inclán, Azorín... Azorín...: un halcón bajo un cielo limpio; unas nubes; la voz de una joven sorprendida en un huerto. Y las nubes se acercan, pasan... Don Juan, don Pedro, don Rodrigo... ¡Ah!, Castilla sutil y trágica, suspensa en su quietud incógnita bajo esas mismas nubes que van pasando. Azorín y un adolescente, un muchacho lector pasando también. Pasando, con un libro de Azorín en la mano. Pasando, avanzando, cruzando un umbral, mientras otro joven, otro adolescente avanza, empieza a cruzar.

Yo marchaba por la calle de San Bernardo. Entré en una librería de viejo: quería comprar un libro que había visto el día anterior, y hoy tenía dinero para adquirirlo. En el establecimiento, además del dueño y de su dependiente, no había más que otra persona. Un señor... ¿Qué edad podía tener? Quizá cuarenta y cinco, cuarenta y ocho años. Esa cara..., ¿de quién era esa cara? Era alto, con ojos azules. La figura, un poco redondeada, pero sin la sensación de pesantez. El rostro carnoso, y la expresión como detenida, con algo de suavizado estupor. Era pálido, su pelo laso; tenía un sombrero negro en la mano y se hallaba silencioso. "Don José...", le dijo el librero. El pareció no oírle. Había levantado un brazo y estaba alcanzando un libro.

¿El tiempo se detuvo o a mí me lo pareció? El brazo, suspenso; el librero, con una palabra inminente en la boca; don José, con su mirada zarca en el tejuelo de ese volumen... Yo había comprendido, esto era todo.